



VIII

EL DIOS DESPIERTA.—LA NOCHE TRISTE

El dios Colibrí, hijo de una virgen y patrono de la guerra, Huchilobos, se alzaba en su trono, sobre el globo cerúleo del cielo, rodeado de sierpes, con el arco y las flechas empuñadas, al cuello un collar de corazones, cruzado el ancho rostro por dos fajas azules, que una cercaba la frente y otra atravesaba la nariz. Aquel semblante “de horrible severidad” debía de estar velado por la sombra de tristeza que señala el ocaso de las divinidades. Al atacar por fin los méxicas el cuartel español, el

numen, privado de holocaustos ya desde hacía tiempo, se estremeció de gozo. Esperaba corazones fuertes, dignos de su espantosa grandeza: los de los castellanos, que, aun quitados del pecho, latirían sin pavor.

Y—como en los momentos críticos nadie deja de cometer errores—, aquellos días, después de entrar en México y comprobar el estado de los ánimos, que lo hacía temer todo, Cortés, á ruegos de Moctezuma, soltó al príncipe Cuilauzín, hermano del Emperador, y el Príncipe, que ya sabemos había aconsejado, desde el primer momento, la resistencia, se puso á la cabeza de los insurrectos, y dirigió las hostilidades contra los españoles.

Al otro día de la entrada de Cortés empezó el ataque con piedras y flechas, y, cuando Cortés ordenó una salida, pudo ver, en la estrategia y arrojo con que le acometieron en las calles, que esta vez se las había con gente determinada y bien regida. Desde las azoteas, la población entera arrojaba

proyectiles á los españoles. Diego de Ordax, que mandaba la salida, quedó herido. Siguieron con más furia los combates; vióse medio abrasado el cuartel, y se impuso á Cortés la urgencia de la retirada. Ya no protegía á los barbudos el prestigio de su supuesta invulnerabilidad; ya no eran *teules* ó dioses; ya los caballos no parecían monstruos divinos; ya la misma artillería no asustaba á los aztecas. Todo México caía sobre los invasores. Y Moctezuma, hasta el último instante subyugado por Cortés, subió á la azotea del palacio y arengó á los sitiadores, prometiéndoles que los extranjeros se irían, afirmando que eran sus amigos y que por su gusto estaba y residía con ellos.

—A mí solo debéis obediencia—añadió, pues sabía que su hermano Cuilauzín capitaneaba las tropas.

Al pronto, hubo un silencio de sorpresa entre los que, mirando á Moctezuma como á una deidad, ni osaban contemplar su sacro rostro; pero de súbito, entre la respe-

tuosa muchedumbre, se alzó una voz que trató al Emperador de afeminado, mandándole á hilar, y la mano del insultador disparó arma arrojadiza. Dícese que era el propio Guatimozín, el que luego fué último Emperador de los méxicas. El encanto estaba roto: hubo alaridos, injurias; llovieron sobre Moctezuma las piedras, y fué retirado de la terraza mal herido.

En la nueva salida quedaron derrotados los españoles; hiciéronse fuertes los mexicanos en el gran Teocalli, y aunque Cortés sufría herida en una mano, se decidió á atacar la fortaleza. En lucha furiosa, consiguió llegar al atrio mayor. La victoria quedó indecisa, ó más bien fué para los españoles; pero la compraron á precio de muchas bajas.

Ocurrió en tales circunstancias la muerte del Emperador, debida sin duda á sus heridas, ó porque se infeccionasen, ó porque las agravase su estado moñal de abatimiento. Tal vez, entre las muchas acusa-

ciones sin base histórica que á Cortés se han dirigido, no exista ninguna menos verosímil que la de haber mandado matar á Moctezuma. Ni concuerda con el modo de ser de Cortés, que no derramó sangre sin objeto, ni con su gran entendimiento y previsión, que había de sugerirle cómo hasta el último instante y en la situación crítica por que atravesaban los españoles, el Emperador podía servirles de algo vivo, y muerto, de nada. El cronista soldado, Bernal Díaz del Castillo, sincero y no adulador de Cortés, al contrario, refiere el sentimiento que hicieron Cortés y sus tropas por aquel desventurado Monarca, que les había mostrado una predilección, una liberalidad y un afecto sin límites, hasta en mengua de su dignidad de Soberano, dando lugar á que los mexicanos pudiesen decir que, animoso antes, desde que se acercaron los barbudos un alma de mujer se introdujo en su cuerpo de varón.

Lo que sí es propio de Cortés, y acaso fué precaución en abono de su conducta,

es el hecho de haber entregado inmediatamente el cuerpo del Emperador á su hermano, el príncipe Cuilauzín, para que le hiciesen las más solemnes exequias. Y sería improbable que, si los españoles hubiesen apuñalado á Moctezuma, devolviesen sus restos, en que estaría escrito el crimen. Como los mexicanos todavía amaban á su señor, y le lloraron mucho, la vista del cadáver lacerado serviría para irritarles más contra los asesinos. La crítica imparcial ha de reconocer que Moctezuma murió á consecuencia de las lesiones que le causaron sus propios súbditos en un momento de furor, por otra parte disculpable.

Disminuían entre tanto las fuerzas españolas y crecían las mexicanas; se había malogrado un intento de salida, y Cortés se veía cogido en el lazo. Cuéntase que un soldado con fama de nigromántico y astrólogo, llamado Botello, profetizó que, si á la noche siguiente no salían de México, no quedaría con vida ninguno. Y se añade que el vaticinio hizo impresión en Cortés,

cosa que no debe sorprender, puesto que la profecía era verosímil, y á más, los grandes capitanes (Napoleón está bien cerca) han solido ser algo supersticiosos en horas de suprema angustia. Ello es que Cortés dispuso, en efecto, la salida en retirada para la próxima noche.

Adoptó medidas, construyó un puente portátil de madera, fió la vanguardia á Gonzalo de Sandoval y Diego de Ordax, tomó para sí el centro, colocó á retaguardia á Pedro de Alvarado, encargó á soldados de los mejores y á los fieles tlascaltecas el cuidado de las mujeres, entre las cuales figuraban doña Luisa Jicotencal y doña Marina, y procuró salvar el oro y joyas. Cada cual trató de asegurar su botín, precaución que á muchos fué funesta.

Ha solido considerarse error de Cortés el adoptar la idea del astrólogo Botello y salir de noche; pero siente Bernal que de día acaso fuese peor. Era una retirada peligrosísima, inevitable. Al menos, con la salida nocturna pasaron sin inconveniente

Sandoval y Cortés y alguna caballería; y cuando empezaron á gritar los mexicanos: "¡Que se van!", ya buena parte del ejército estaba en salvo. Los que no lo estaban, viéronse, eso sí, arrollados, casi sin defensa por la enorme muchedumbre que se les vino encima, exhalando aullidos de muerte, y aprovechando la confusión de la oscuridad, el hallarse cortados los puentes, la lluvia, que hacía resbalar á los caballos, y el peso del botín, que robaba agilidad á muchos españoles. No había condiciones para luchar cara á cara, ni aun para rehacer la formación. Como Cortés y Cristóbal de Olid, ya fuera de peligro, notasen el de su retaguardia, volvieron atrás para socorrerla; pero hallando á Alvarado á pie, que le habían muerto su yegua alazana, y notando que iban á verse rodeados y á perecer miserablemente sin fruto, retrocedieron.

De esta trágica retirada hay una leyenda, ó fábula, por mejor decir: la del famoso *salto de Alvarado*. Lo mismo que la que-

ma de las naves de Cortés y la venta de las joyas de Isabel la Católica, ha sido desmentida por la historia la proeza de Alvarado. No porque el *Tomatiú* no fuese capaz de cuanto pide valor, sino porque esto era acrobatismo más que hazaña. Estando cortados los puentes, se supuso que Alvarado había pasado de una á otra orilla saltando la anchura, apoyado en su lanza. Pero Bernal Díaz, testigo ocular, ya cuidó de decir que, según relación del propio Alvarado, cruzó á la otra margen poniendo el pie sobre los cuerpos de los muertos y los sumergidos fardos del bagaje, que llamaban *petacas*; pues el agua era profunda y la lanza no se pudiera en ella sustentar. No obstante esta imposibilidad física, aún hoy aquel lugar se nombra el *salto de Alvarado*.

Los que salvaron del destrozo hecho por los mexicanos en los españoles y tropas aliadas y en los prisioneros que como rehenes se llevaban consigo los españoles (y entre los cuales se contaban el Rey de Aco-

lúa, y un hijo y dos hijas de Moctezuma), al detenerse á reposar un momento en la aldea de Popotla, se agruparon alrededor de Cortés, sentado bajo un árbol, y vieron con asombro correr algunas lágrimas sobre aquel rostro gris, donde sólo se reflejaban la fortaleza y el ardimiento. El árbol donde se cree por tradición que lloró el inquebrantable Malinche, y que es de la especie llamada *ahuehuete*, conservó el nombre de *árbol de la noche triste*. Era el 1.º de Julio.

Motivo sobraba para que Cortés llorase. Muertos quedaban algunos de sus mejores capitanes, Juan Velázquez de León y Francisco de Morla; muerta ó prisionera la mayor parte de su hueste; los restantes, exhaustos, heridos y con el alma bajo los pies. La artillería se había perdido, y sólo quedaban veintitrés caballos. A más, sabían que, acaso en aquel instante, los que hubiesen caído vivos en poder de los mexicanos, extendidos sobre la piedra de los sacrificios, ante el ara del Colibrí, desnudos, sujetos por brazos y piernas, sentían

el filo del cuchillo de jade rasgarles las entrecostillas, y la mano del sacrificador agarrar sus corazones, desprendiéndolos violentamente y alzándolos, soltando aún vaho de vida y gotas rojas, al dios terrible, en holocausto triunfal... Y luego creían ver sus cuerpos precipitados por la escalinata del adoratorio, y al llegar abajo, despedazados para el festín ritual: si no es que, quitado su pellejo y vistiéndolo un sacerdote y tapando su cara con la del español sacrificado, bailase una danza, verdadera danza macabra, en el espacioso atrio del Teocalli.